

## VII

### ARENILLAS POÉTICAS

Y eso que poéticas, rigurosamente hablando, no lo son, sino prosaicas, desconsoladoramente prosaicas, las tales arenillas.

Pero como ya hemos convenido... ó por lo menos han convenido los interesados, los propios cosecheros ó productores de ripios indígenas, en llamar *poestas* á los versos, por malos y por antipoéticos que sean, me ha parecido que podía yo también llamar *poéticas* á estas cosuchas, por seguir la costumbre.

Y porque de alguna manera había que llamarlas para hablar de ellas.

El autor es un neo, ó dígase un católico-liberal, no sé bien si de los *integristas* ó de los otros que llaman *pontificios*, pero es igual: unos y otros suelen ser presumidos, vanidosos y poco sinceros, y unos y otros suelen asemejarse en no llamar á las cosas con nombres que las designen, sino más bien con nombres que las desfiguren.

Vamos, que si me dan á escoger entre Nocechal y el P. Muñós, me quedo sin ninguno inmediatamente.

Volviendo al neo de antes, les diré á ustedes que ha escrito unos versos titulados *Mi Crucifijo*, que ciertamente por el asunto merecían ser buenos, pero son muy malos. De lo peor que se estila.

Y para que no crean ustedes que exagero, lean conmigo:

«Tengo un Cristo bendito de la Agonía,  
que sin rezarle un credo *no pasó día...*»

(Si es verdad, no por ello te reñiría;  
mas aunque sea cierto, no es poesía.)

Ni buen castellano.

Pues el *que* del segundo verso y todo lo que sigue hasta el *credo* parece que hace relación al Cristo, y que éste es el sujeto de la acción. «Tengo un Cristo que sin *rezarle* un credo...» parece que va á decir: *hace esto... ó lo otro*. Pero luego resulta que el que hace ó el que deja de hacer es el *poeta*, y no el Cristo.

Y sigue el hombre de esta manera:

«Como Él ha sido siempre mi compañero,  
*no podéis figuraros cuánto lo quiero.*»

¡Así, en confianza!... ¿Le parece á usted que esa es manera digna de cantar á Cristo?

*No podéis figuraros...*

¡Usted sí que no puede figurarse lo feo que

es eso! Porque no tiene usted sentimiento ni tiene usted gusto. Los misterios de nuestra santa religión se han de tratar con seriedad y elevación proporcionada á ellos, en lo posible, y no con esas sosadinas que pretenden ser agudezas.

Pero, ya se ve: se prepuso usted por modelo á un versista prosaico, ripioso y ramplón, á Balart; y como quiera que las imitaciones siempre suelen ser peores que los modelos imitados, le han resultado á usted sus versos peores todavía que los del pobre don Federico, aun cuando parecía que peores ya no podían hacerse.

Y lo de que ha imitado usted á Balart, no me lo negará usted... aunque un integrista es capaz de negar cualquier cosa... Pero si lo niega, como si no lo negara: está á la vista.

Parece que está uno leyendo aquellos desgraciados versos de Balart, que empiezan: *Cuando desde...*

«*Cuando desde la senda que triste huella,*

ó aquellos otros, no menos prosaicos y ripiosos, en que, después de hacer que la mirada *irradie* sobre el libro

«*Antes que tu mirada sobre él irradie,*

lo cual es un disparate, porque el libro es el que irradia la luz sobre los ojos, dice:

«*Para ti no se ha escrito, ni para nadie...*»

Estas agudezas... despuntadas y cursis, son las que ha querido imitar nuestro vate, que sigue diciendo:

«De la viudez vistiendo la negra toca...»

No es el Cristo el que viste la negra toca de la viudez, como pudiera creerse, puesto que entre lo de antes y lo de ahora no hay punto; no es el Cristo, según se ve más adelante:

«De la viudez vistiendo la negra toca,  
besándome en la frente *con ansia loca*...»

¿Con *ansia loca*... nada menos?... ¿Qué irá á pasar aquí?, se pregunta alarmado cualquiera. Pero luego, afortunadamente, no pasa nada... más que ese ripio del *ansia loca*; que es verdadero ripio, por cuanto la que besa en la frente al escritor es su señora madre.

«De la viudez vistiendo la negra toca,  
besándome en la frente *con ansia loca*,  
al dejar este mundo mi pobre madre...»

Sí, verdaderamente, ¡pobre madre!, á quien su hijo, por meterse á hacer versos, levanta ese falso testimonio del *ansia loca*...

No, no *con ansia loca*, sino con cariño muy cuerdo y muy natural es como besan las madres á sus hijos...

Éste de ahora dice que la suya le dijo entre sollozos varias cosas como la siguiente:

«Y cuando de tu muerte *se* llegue el día...»,  
lo cual tampoco debe de ser verdad, porque

las madres castellanas suelen hablar mejor. Le diría, si acaso:

«Y cuando de tu muerte llegue el día»,

ó más bien:

«Y cuando llegue el día de tu muerte»;

pero, de seguro, no dijo el *se* aquel de *se* llegue, que es un ripio muy feo que metió el autor para acabar de llenar la medida del verso y las de los lectores.

Más adelante, hacia la conclusión, vuelve el *vate* á disparatar, aunque casi no lo ha dejado del todo, y dice:

«Cuando yo esté en el *lecho sin movimiento*...»

Por cierto que es muy fea esa asonancia de los hemistiquios, y bien pudo el Sr. Arenillas, que así se firma el vate, haberla evitado substituyendo el *lecho* con la *cama*.

Pero se conoce que este nombre le pareció bajo.

Sin razón, por que ¡cuánto más bajo es aquello de *no pasó día* y aquello otro de *no podéis figuraros*... y el *se* *llegue!*...

«Cuando yo esté en el *lecho sin movimiento*,  
*falto ya de esperanza*...»

¡Diantre!... ¡mejor lo haga Dios!... Pues vaya una *esperanza* que tiene usted de morir cristianamente, si cree que al morir ha de estar *falto de esperanza!*...

«Cuando yo esté en el lecho sin movimiento,  
fallo ya de esperanza, faltaré de aliento,  
y á los seres queridos que me rodean  
(que me rodean, hombre; va á subjuntivo)  
mis ojos mortecinos ya no los vean  
(ahora ya del rodean veo el motivo),  
¡con qué placer, Dios mío, me moriría!...»

¡Hombre!... tanto como *placer*... Me parece que exagera usted un poco. Y exagera usted siempre, y se va usted de extremo á extremo.

Antes, desesperado; ahora, con *placer*...

Bastante le sería á usted morir con tranquilidad...

Pero, claro, la tranquilidad es tan larga, que no entraba en la medida del verso.

La cual, en unión del consonante, es causa de que, muy á menudo, los que se meten á poetas sin serlo, ensarten desatinos.

## VIII

## EMILIANAS

## I

Lo menos se habrá creído D.<sup>a</sup> Emilia que yo la tenía olvidada completamente.

Pues no: nada de eso.

No me olvido yo de practicar de vez en cuando con D.<sup>a</sup> Emilia las tres primeras obras de misericordia.

Verdad es que, por no tener generalmente mucho tiempo que echar á perder, apenas he leído alguno de los artículos de casi religión que anda publicando en *El Imparcial*, ni de los de casi-literatura con que suele regalar en el *Blanco y Negro* á la gente iliterata que compra dicho semanario para ver las estampas y se corre luego hasta leer alguna página que otra.

Y, naturalmente, no habiendo podido leer muchos artículos de D.<sup>a</sup> Emilia, tampoco he podido ejercer á menudo con ella, como en

otros días, las susodichas tres primeras obras de misericordia espirituales, la tercera, especialmente, que es la de corregir al que yerra...

Pero de esto á haberla olvidado hay mucha *diferencia*, como dice un senador inverosímil y bastante rico.

No; no soy yo tan ingrato que pueda olvidar así como quiera y en un dos por tres los largos ratos de buen humor que con sus extravagancias literarias me ha proporcionado la ínclita inventora de la inhibición al revés, del trueque de la pena de daño con la de sentido, y de la garduña volando.

Porque, realmente, me he reído mucho leyendo á D.<sup>a</sup> Emilia; pues tiene esta señora la particularidad de que, si bien cuando pretende ser graciosa y hacer reír es capaz de hacer llorar á las mismas piedras, en cambio cuando escribe en serio hace reír muchísimo.

Bueno; pues hace pocos días, yendo de viaje, me encontré en el cuarto de la fonda con un número del *Blanco y Negro*, abandonado, según me dijeron las camareras, por un viajante en zapatillas; y como no tenía que hacer mayormente, ni otra cosa que leer, me puse á hojearle.

Lo primero con que tropecé en él fué con D.<sup>a</sup> Emilia, vamos, con la firma de doña Emilia puesta al pie de un artículo titulado *Siglo XIII*, lo mismo que se podía titular *calabacines rellenos*, porque así tenía que ver con

el siglo XIII como con el presupuesto de Marina.

Decía allí la señora Pardo Bazán que al oscurecer, es decir, «en esa hora en que sin espesarse aun las sombras de la noche se levanta un soplo frío y se ve ya la luna», encontró «al ciego y á la niña que le sirve de lazarillo sentados en un ribazo del camino, descansando».

El dibujante, que no debía de saber lo que era un ribazo, los sentó en unas piedras, y allí se ven sentados un ciego con una montera y una rapacina despeluciada y morrinsa, mientras que á lo lejos se ve venir una señora que el dibujante querría que fuese D.<sup>a</sup> Emilia, y ella también lo querría ser, pero no puede serlo, porque es una figura mucho menos gruesa que D.<sup>a</sup> Emilia, más agentilada y más joven.

Y dice D.<sup>a</sup> Emilia:

«Me interesan, me atraen los mendigos de *profesión*».

¡Y se habrá quedado D.<sup>a</sup> Emilia tan satisfecha con el chiste!

El infeliz que no tiene que comer, ni puede ganarlo trabajando, porque es ciego, ¿qué ha de hacer más que mendigar?...

Puede ser que con más fundamento se pudiera llamar disparatadora *de profesión* á doña Emilia.

La cual continúa diciendo:

«Son un resto del pasado (los mendigos)».

¿Y por eso llama Ud. al artículo siglo XIII?... Y por qué XIII, y no XIV, ni XII?...

¡Lo que sabe esta señora! diría el viajante en zapatillas que compró el número, si es que leyó algo.

Después dice D.<sup>a</sup> Emilia de los mendigos: «Van á desaparecer...»

Luego no han desaparecido. Luego no son del siglo XIII, sino del actual... y de todos, de todos los siglos.

Lo dijo Nuestro Señor Jesucristo, infinitamente más sabio que la señora Pardo Bazán: «*Semper pauperes habetis vobiscum*; siempre tendréis á los pobres con vosotros».

Pero D.<sup>a</sup> Emilia, por llevar la contraria al Verbo de Dios, ó por no saber por dónde anda, dice que los pobres van á desaparecer; y para ponerlo más fino, añade: «se cuentan *en el número de lo que...*»

¡En el número de *lo qué!* ¡Vaya un castellano! *Lo que...* no tiene número. Se dice: «de las cosas que», señora D.<sup>a</sup> Emilia...

Vamos, también se dice como dice usted, pero entonces se dice un disparate.

«Se cuentan en el número *de lo que* la evolución inevitable se prepara á borrar *con el dedo.*»

¡Atíza!... ¡La evolución borrando *con el dedo* el número *de lo que...*!

La evolución no borra las cosas con el dedo, señora D.<sup>a</sup> Emilia, ni tiene dedo tampoco; la

evolución borra las cosas, ó las hace desaparecer, dando vuelta. Por eso se llama evolución: ello mismo lo dice. Así, por ejemplo, la evolución de la tierra hacia Oriente hace desaparecer el sol por la parte opuesta, por Occidente.

¡Mire usted que echárselas de literata, y decir que «los mendigos se cuentan en el número *de lo que* la evolución se prepara á borrar *con el dedo!*...»

Apenas se pueden decir en menos palabras más dislates.

Y todavía continúa diciendo: «A la vuelta de una centuria no quedará en la redondez de la tierra hombre dispuesto á *tender la mano á otro.*»

Aquí no se sabe si D.<sup>a</sup> Emilia quiere decir que no habrá quien dé limosna, ó que no habrá quien la pida, ó que no habrá quien salude amistosamente; porque de todas estas maneras se puede interpretar lo de *tender la mano.*

«La limosna—continuaba D.<sup>a</sup> Emilia—está desacreditada.»

No lo crea usted, señora. Es que confunde usted la limosna con la literatura del *Blanco y Negro...*

Después de causar al idioma y al buen sentido algunos otros desperfectos, dice doña Emilia:

«El ciego que hallo en este camino de aldea orlado de madre selvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño...»

¿Y qué es lo que embalsaman...? No se llega á saber de cierto.

«... orlado de madreselvas en flor que embalsaman, al pie de un castaño, tiene ya para mí algo de la poesía melancólica del anochecer que envuelve su figura, y al darle unas monedas de vellón...»

¿De vellón...? Serían de perro chico, ó de perro grande...

Efectivamente; un trecho más adelante, dice D.<sup>a</sup> Emilia que la costó trabajo hacer que los ciegos interrumpieran la serenata, «porque se consideran obligados estrictamente á dar, por cada *perrilla*, una copla lo menos».

¿Lo ven ustedes...? La buena de D.<sup>a</sup> Emilia no sabe lo que son monedas de vellón, ni cuándo y por qué se llamaban de vellón las monedas; y queriendo echárselas de erudita, llama monedas de vellón á los perros chicos.

¡Arbolaria...!

«... y al darle algunas monedas de vellón, dice, creo estar realizando un *deporte* de la Edad Media, á la puerta de algún reducido santuario, ó interrumpiendo el bordado de un tapiz, sentada en el poyo de alguna *fenestra* ojival...»

¡Cuánta simpleza!

Pero bueno; ya sabemos por qué D.<sup>a</sup> Emilia titula su artículo *Siglo XIII*; porque se la figura que el dar limosna á un ciego es cosa que no se ha hecho de la Edad Media para acá

más que una vez que lo hizo ella en Galicia este verano.

¡Qué tontería, señora!

Y luego, mucho *Siglo XIII*, y mucho decir *fenestra* en latín, y la que da limosna lleva en la estampa un sombrerito á la francesa...

Verdad es que para viajeros en zapatillas y estudiantes desaplicados, que deben ser los principales consumidores de estas cosas...

Después, toma D.<sup>a</sup> Emilia por su cuenta á la pobre criadina del ciego, y, tras de hablar de su «*liquida pupila*», nos dice:

«Su carita, retostada por el sol, que es la linterna de los vagabundos...»

¡Qué afán de ensartar disparates, D.<sup>a</sup> Emilia! Porque, mire usted; ni el sol es comparable con la linterna, ni la sustituye para los vagabundos, ni la linterna sirve para retostar, ni ese es el camino... como no sea el del manicomio.

De manera que eso no puede estar peor, ni el inciso ese de la *linterna de los vagabundos* la ha podido salir á usted más desgraciado.

De día, cuando hay sol, ni los vagabundos ni los propietarios necesitan linterna: los primeros supone usted que no la tienen; pero los segundos, aunque la tengan, no la usan, porque no les hace falta, porque el sol les alumbraba lo mismo que á los pobres; de suerte que si estuviera bien llamarle linterna, sería la de los pobres y la de los acaudalados.

De noche, es verdad que á los ricos no les alumbraba el sol, y usan linterna, cuando la usan... Pero es el caso que á los vagabundos tampoco les alumbraba el sol de noche, y, por consiguiente, tampoco puede decirse que sea su linterna, porque si no tienen otra se quedan á oscuras.

¿Ve usted, señora D.<sup>a</sup> Emilia, cómo el inciso ese de adorno es un puro disparate?...

Pues todavía hay más. Porque al decir usted que la criada del ciego tenía «su carita *retostada* por el sol, *que es la linterna de los vagabundos*», da usted á entender claramente que usted cree que las linternas sirven para *retostar*, y que los ricos, como son ricos y pueden tener linterna, no necesitan de los buenos oficios del sol, como los vagabundos, para *retostarse* las caras, y se las *retuestan* con la linterna...

¿Si resultará que usted, D.<sup>a</sup> Emilia, no sabe tampoco lo que es linterna, y cree que es una sartén ó algo parecido?...

Pues no; la linterna no es para *retostar*, es para alumbrar; y suponer que el sol, cuando *retuesta* las caras de los vagabundos, hace oficio de linterna, es otro disparate.

Usted, señora D.<sup>a</sup> Emilia, habría oído acaso llamar linterna de los vagabundos á la luna, y eso no está del todo mal; porque la luna alumbraba de noche, que es cuando los ricos se sirven de linternas, ó, en general, de luces ar-

tificiales, mientras los vagabundos, que carecen de ellas, con la de la luna se tienen que contentar... cuando luce.

Pero no es lo mismo uno que otro, y no se fie usted de haber oído las cosas, porque como no tiene usted discernimiento, ó no se para usted á discernir, toma usted fácilmente el sol por la luna, que es, como quien dice, el rábano por las hojas, y... disparate seguro.

Sea usted sencilla, no quiera usted aparentar una erudición que no tiene, no recargue usted los períodos con impertinencias...

¿Qué necesidad tenía usted, para decir que la rapaza estaba *tostada* del sol, qué necesidad tenía usted de añadir que el sol es la linterna de los vagabundos, lo cual la ha resultado á usted una cantera de despropósitos?...

Basta de *Siglo XIII*.

Y el caso es que todavía estábamos empezando el artículo...

## II

A la pobre D.<sup>a</sup> Emilia Pardo, que es algo envidiosa, se conoce que la dió envidia el éxito de *Electra*, aquel esperpento de D. Benito, y trató de hacer ella otra especie de *Electra*, sin bambalinas.

¿Que cómo la ha salido? Pues... mal, naturalmente.

Refiere D.<sup>a</sup> Emilia que se hallaban reunidos ella y otros enfermos del hígado en un gran balneario, regido por un médico gallego llamado Veiga, al cual determinaron ofrecer un banquete.

Describiéndole, dice D.<sup>a</sup> Emilia, en su afán de distinguirse y de hacer frases nuevas, que se comió fuerte y *se bebió seco*.

Esto de *beber seco* es realmente una novedad; pero tiene de malo que es también una tontería.

La pobre señora habría oído hablar del *jez rez seco*, y no sabiendo á punto fijo lo que es, ni por qué se llama así, encajó lo de *se bebió seco*, en lugar de «se bebió mucho», ó «se bebió bien», ó «se bebió de tieso», ó «se bebió de firme», como hubiera dicho cualquiera que hablara regularmente el castellano.

«Y como el doctor aseguraba —dice D.<sup>a</sup> Emilia— que no había medicamento más probado para el hígado que el buen humor, salieron á relucir jubilosos recuerdos de la mocedad é *historietas picantes*».

¡Vaya! ¡Por cuánto no habían de salir las historietas picantes!... En un cuento de doña Emilia ya se sabe que no puede faltar esa salsa apetecida de paladares estragados.

Cuenta luego que, al volver de almorzar, encontraron á un viejo, al famoso Juanito Morán, según le llamó el médico, maravillado de que estuviera todavía en el mundo; y comió

ella preguntara al doctor por qué había sido famoso aquel anciano, el doctor la contó la historia.

«—¿*Bien* habrá usted oído en Montañosa la historia de la reja del convento de San Juencio, la que da á la plaza de la muerte?»

Así, con estas interrogaciones, que están de sobra, lo pone D.<sup>a</sup> Emilia.

Digo que están de sobra las interrogaciones, ó lo está el *bien* del principio...

Después de contestar D.<sup>a</sup> Emilia que sí, que ha oído la *tradición*, y de haberla dicho el médico que el héroe de ella acababa de pasar (lo cual prueba que está mal usado el nombre de *tradición*, porque no es *tradición* una hazaña cuyo protagonista vive), dice la autora:

«Hice un *movimiento de interés*...»

¿Cómo serán los movimientos de interés?...

Hace luego D.<sup>a</sup> Emilia de sí misma fervientes é injustos elogios, diciendo que su fantasía *cristaliza las imágenes con rapidez*, cuando apenas tiene *fantasia*, no siendo en el sentido vulgar de vanidad, soberbia ó presunción, y dice unas cuantas simplezas referentes á un reloj de torre, verbigracia:

«El tiempo que cuenta esta campana no se parece al tiempo que miden los demás relojes. Es un tiempo *márcado con el sello de la eternidad*».

—¡Qué atrocidad!...

¿Y qué habrá querido decir con esto?...

Pone luego en boca del doctor una descripción bastante cursi del seductor *Juanito*, y pasa á describir el convento de San Juvencio, hablando de sus muros enverdecidos por la humedad, lo mismo que los de la casa de doña Emilia, descrita poco hace en otro cuento muy soso titulado *La Paloma azul*, y diciendo que los mencionados muros «pueden llamarse *ciegos*».

Lo que es poder, sí; todo se puede.

También se puede llamar *ciegas* á algunas personas.

Con la diferencia de que llamar *ciegos* á los muros, porque «apenas los rasgan *pocas negras* ventanas, *envejecidas* y *altísimas*», que es la razón que en su estilo *especial* da doña Emilia, es una bobería; mientras que llamar *ciegas* á las personas que no aciertan á decir ni hacer las cosas, á no ser al revés, no es sino hablar racionalmente.

«...Apenas los rasgan pocas negras...»

¡Qué manera más negra de escribir!...

Y creará seguramente D.<sup>a</sup> Emilia que eso es tan elegantel...

Pasa á hablar de las monjas y dice..., vamos, disparata, según su costumbre:

«Las monjas, ya sabe usted que son benedictinas, *muy damas* («muy señoras» ha debido decir; pero entonces hubiera dicho un disparate menos), contemplativas, aristocráticas, del tiempo en que no se conocían estas

monjas de ahora, *seculares de ropa burda*...»

¡Está usted enterada en eso... como en todo, señora!

Precisamente las benedictinas son las de la ropa burda, las que se visten de lana por dentro y por fuera, mientras que las monjas modernas, que usted llama impropriamente *seculares*, por decir sin clausura, usan para sus hábitos telas más finas, y aun las modernas de clausura lo mismo.

Compare usted los hábitos de las benedictinas con los de las Esclavas ó las del Sagrado Corazón ó las Reparadoras...

Verdad es que usted no sabe comparar nada, sino escribir lo primero que se la ocurre, y así sale ello.

Verbigracia:

«No sé cómo se las arreglan los estudiantes, que llevan el alza y baja de las monjas bonitas de San Juvencio.»

¡Qué soserías dice usted, señora!

«Ello es que entonces, en el tiempo *en que estoy hablando*...»

No se dice así, D.<sup>a</sup> Emilia. Para expresar la idea que usted quiere expresar, hay que decir: «en el tiempo *de* que estoy hablando». Por que «en el tiempo *en* que estoy hablando» es el tiempo presente, ahora; y usted no quiere decir eso, sino que quiere usted significar el tiempo que pasó, el tiempo en que era joven Juanito Morán.

¡Qué cosas hay que enseñarla á esta doña Emilia!

«Ello es que entonces, en el tiempo *en* que estoy hablando, corría fama de la belleza singular de una religiosa... profesa desde hacia dos años...»

Y así va entrando la señora Pardo en materia... grave. Pero fijense ustedes en lo de «religiosa profesa».

Vuelve luego á hablar de los muros que antes llamó *ciegos*, y casi se lo vuelve á llamar, pues dice:

«Aquellas paredes enormes, *semiciegas*...» ¡Qué ganas de poner motes á las paredes!... Si ellas hablaran, puede ser que dijeran á doña Emilia: «La *semiciega* será usted, ó ciega sin semi, que no ve más allá de sus narices, no largas por cierto».

Por eso no ha visto la enorme estupidez de lo que va contando.

Habla el médico Veiga, que es quien la refiere la historia, y dice:

«...Me di yo entonces á seguir los pasos de Juanito Morán, y pude convencerme de que, en efecto, á horas *desusadas* no cesaba de rondar (si no cesaba, rondaría á todas horas, *desusadas* y usadas), fijos siempre los ojos en la ventana á que corresponde la reja y que cae sobre la escalinata de las casas del Cabildo. A *ella* se arrima el galán y fijo allí aguardaba».

Bueno: la postura de un hombre *arrimado*

á una escalinata no será muy airosa; pero allá usted.

«Un día—¡cómo latió mi corazón de niño!—Vi que un rostro pálido... se pegaba á los hierros, y unos ojos de *ascua* se clavaban en Juanito. Una mano que parecía de papel hizo misteriosa seña... A la otra *mañana* y á la otra repitióse la misma escena»...

Advierto á D.<sup>a</sup> Emilia que esa *mañana* no se llama así: se llama *madrugada* ó *sobremañana*. Porque la *mañana* quiere decir de día, y el relato de D.<sup>a</sup> Emilia pide que sea de noche, por aquello de que *qui male agit odit lucem*.

«No me cupo duda—sigue diciendo el niño después de ser doctor—y aquel gran secreto romántico llenó de pueril orgullo mi alma. Crea usted que me acostaba tan exaltado *como si fuese yo mismo el dichoso*».

¡Caracoles el nene!

Lo digo, en el supuesto de D.<sup>a</sup> Emilia de que el niño pensara así. Pero el supuesto es falso; porque un niño no ha podido jamás tener por *dichoso* al que maquina y prepara una aventura obscena y sacrílega.

D.<sup>a</sup> Emilia se distrae fácilmente y cree que hasta los niños de hace sesenta años pensaban en descreído y en naturalista.

¡Vaya con el *dichoso* y con lo que entiende por dicha D.<sup>a</sup> Emilia!

Después cuenta que «á la *madrugada*» (aquí

debía decir la *mañana*) las devotas que atravesaban la plaza de la *Muerte* para oír misa de alba vieron al pie del muro de San Juvencio el cuerpo ensangrentado é inerte de una *novicia*...

Pero señora, ¿no decía usted antes que llevaba dos años de profesas? ¿O cree usted que se llaman *novicias* todas las monjas jóvenes?... No, señora; *novicias*, como sabe todo el mundo menos usted, son las que todavía no han profesado...

Luego describe D.<sup>a</sup> Emilia la catástrofe con ese ingenio y esa habilidad que Dios la ha dado para estropear las cosas...

«Me abrí paso, me acerqué... La cabeza (de la muerta) descansaba sobre el primer *peldaño* de la escalinata que *asciende* á las Casas del Cabildo. Un hilo de sangre manchaba la sien; alrededor de la cintura estaban arrolladas las tiras de sábanas convertidas en cuerdas. El otro extremo, roto, colgaba allá arriba de la reja, cuyos *hierros limados* mostraban el boquete por donde magullándose habría pasado el cuerpo...»

La invención no puede ser más disparatada... En fin, como de D.<sup>a</sup> Emilia.

¿La parecerá verosímil á D.<sup>a</sup> Emilia que una monja lime y llegue á cortar con una lima, sin que nadie lo advierta, unos hierros tan gordos como suelen ser los de las rejas de los conventos antiguos?...

¡Bah! ¿Qué sabe ella de esas cosas... ni de otras?...

La cuestión, para ella, era hacer un cuento contra los conventos de monjas, hoy que está de moda el calumniar y perseguir á las órdenes monásticas, sin cuidarse de verosimilitudes...

Lo que dirá ella.

Bien inverosímil y disparatado era el cuento de *Electra*, y, sin embargo, hizo mucho ruido y hasta dió cuartos.

A los cuales no crean ustedes que doña Emilia les pone mala cara.

### III

#### Santa Dafrosa y D.<sup>a</sup> Emilia.

Creo haber dicho ya en otra ocasión incidentalmente que D.<sup>a</sup> Emilia Pardo andaba profanando el *Año Cristiano* en la revista semanal con estampas que se titula *Blanco y Negro*.

Y así es, efectivamente.

La buena de D.<sup>a</sup> Emilia, el día que se la pone en la cabeza, coge irrespetuosamente los nombres de un santo y de una santa, los pone juntos á lo cimero de una cuartilla de papel, así, por ejemplo: «*Fausto y Dafrosa*», y escribe

debajo, á modo de biografía, una caprichosa leyenda en la que, contando con la pazguatería y las buenas tragaderas de los lectores habituales del frívolo é insustancial periodico, presenta á los dos santos mártires, diciéndose ternezas y haciéndose mimos.

¡Horror!

Y D.<sup>a</sup> Emilia se queda tan satisfecha como cuando escribió aquella otra profanación titulada *La sed de Cristo*.

Con naranjas y todo.

De la vida de Santa Dafrosa se sabe que, cuando martirizaron á su marido Flaviano, á ella la desterraron de Roma; que vuelta del destierro, el prefecto Aproniano la metió en la cárcel, con orden de no darla de comer para que se muriera de hambre; y no habiéndolo conseguido, se la entregó á un pariente suyo llamado Fausto, para que la indujese á casarse con él y á sacrificar á los ídolos; pero Fausto, instruído por la santa en la religión cristiana y bautizado por San Juan, presbítero, confesó la fe y sufrió el martirio. Santa Dafrosa recogió su cuerpo, para que no le comieran los perros, y le dió sepultura, por lo cual el prefecto la mandó prender y la quitó la vida.

Pero D.<sup>a</sup> Emilia Pardo inventa una novela ridícula, suponiendo, sin fundamento alguno y con grave injuria de la santa, que ésta amaba ya á Fausto en vida de su marido Flaviano. Y partiendo de este falso supuesto, re-

fiere con muchos pormenores y muchas extravagancias de estilo la llegada de la santa, en un barquichuelo como el de *Lohengrin*, al castillo donde la esperaba su antiguo amante.

«La aguardaba —dice— en el embarcadero á boca de noche (querrá decir *al anochecer*), y cuando divisó á lo lejos la barca que avanzaba al empuje de los brazos fuertes de los remeros, abriendo *estela de luz verdosa* en el mar *fosforescente*, al corazón de Fausto se agolpó la sangre y sus ojos se nublaron».

La cosa promete... Y D.<sup>a</sup> Emilia sigue:

«Venía, ó mejor dicho, la traían, se la entregaban: en su poder iba á estar aquélla por quien tantas veces había pasado la noche en vela (¿qué tal?) febril, *paladeando acíbar*, desesperado y *mordiéndose los puños* de rabia...»

¡Ave María Purísima! ¿Nada menos que los puños?... D.<sup>a</sup> Emilia habría oído ó leído de alguno que se mordía los labios; pero tiene mala memoria y poco fina percepción de las ideas, y creyó haber oído ó leído eso de morderse los puños, barbaridad antiestética y repugnante, que seguramente no se le habrá ocurrido jamás á ningún enamorado, por mucho que le hiciera esperar su novia.

D.<sup>a</sup> Emilia, sin embargo, no repara en pintarnos así á San Fausto.

«... *Desesperado, mordiéndose los puños de rabia* ó esperando insensatamente.»

«¿Insensatamente?... —continúa D.<sup>a</sup> Emi-

lia— criminalmente se diría mejor. Por aquella que se reclinaba en la proa envuelta en blancos velos, en actitud pensativa, Fausto había descendido á la delación y el espionaje...»

Aquí supone D.<sup>a</sup> Emilia gratuitamente, y por sólo el gusto de enlodar la noble y venerable figura del mártir, que éste había procurado la muerte de Flaviano, delatándole por cristiano al prefecto ó al emperador, para que su mujer Dafrosa quedara libre y pudiera él llegar á poseerla.

Todo invención, irreverente invención emiliana.

Sigamos:

«Descendió Fausto al muelle con precipitación, y cogiendo de manos de los esclavos el taburete de cedro, lo presentó *al pie* de Dafrosa, que prontamente, *sin hacer hincapié*, saltó á las puntiagudas piedras... Y echaron á andar hacia la villa, sin que Fausto se atreviese á ofrecer el *antebrazo* para que Dafrosa se apoyase...»

¿El *antebrazo*? ¡Caramba con lo anatómica que está D.<sup>a</sup> Emilia!

Se dice el brazo, señora... ¿A quién ha oído usted decir, al bajar ó subir una escalera, quiere usted el *antebrazo*?

¡Si viera usted lo mal que la están esas penderías!

Después refiere que «en la *villa*, alumbrada

por antorchas fijas en la pared, estaba dispuesto *un refresco de bienvenida* con... *peces cocidos*...»

¡Pues vaya una cosa á propósito para refrescar!—dirán ustedes.

Lo mismo dije yo... A cualquier cosa llama *refresco* esta D.<sup>a</sup> Emilia... Porque apenas tiene idea de la significación de las palabras... Dejémosla que siga:

«Quedáronse solos Fausto y la tan deseada. *Parpadeaban* las estrellas en el firmamento *turquí*, y el aire *columpiaba bocanadas* de esencia de rosas purpúreas...»

¡Eche usted lujo y... desatinos!...

«Fué Dafrosa quien rompió el peligroso silencio.»

—«Fausto —dijo con tranquila melancolía— ¿quién nos dijera que nos encontraríamos así *otra vez*? Cuando yo me confesaba llorando de que *no podía olvidarte*, ¿iba á suponer que el sacro Emperador me desterrase á vivir contigo?»

Todo esto son tonterías de D.<sup>a</sup> Emilia, destituidas, como he dicho, de fundamento. San Fausto y Santa Dafrosa no se habían conocido antes: no consta, ni hay dato ni indicio alguno para suponer que se conocieran ni se hubieran visto antes de la referida determinación del prefecto Aproniano.

Y sigue diciendo D.<sup>a</sup> Emilia que, «indeciso Fausto, dudó...» Es claro; si estaba indeciso

tuvo que dudar, y si dudó tenía que estar indeciso...

«Indeciso Fausto, dudó entre caer á los pies de la matrona y *abrazar sus rodillas* (¡doña Emilia, D.<sup>a</sup> Emilia!) ó contestar algo, no sabía qué...»

Ni usted tampoco sabe lo que dice.

«Entonces Dafrosa echó atrás el velo blanco que envolvía el óvalo de su rostro, y á la luz de las antorchas Fausto pudo ver con asombro una cara consumida por el dolor, unos ojos marchitos, unas mejillas demacradas, el pelo... no era ya aquella rubia vedija, aureolada de oro...; á Dafrosa se la había vuelto el cabello todo gris, del gris de las nubes, del gris de la ceniza seca y *hacinada* en el hogar.»

¡Señora...! ¿La ceniza *hacinada*?... Bien se conoce que no sabe usted lo que es *hacinar*... ¡Como ignora usted tantísimas cosas!...

Pues mire usted; hacinar es formar hacina, que viene á ser, dicho sea en académico, una especie de columna de haces; y de *haz* vienen la *hacina* y el *hacinar*, y no se hacinan más que haces, rigurosamente hablando.

En sentido metafórico también se *hacinan* los desatinos, operación en la cual debe usted de estar bastante práctica...

Pero la ceniza... señora... ¡la ceniza no se puede *hacinar*! Eso de la ceniza *hacinada* es un disparate.

Como otros muchos que sigue usted dicien-

do de todas especies, hasta llegar á la atrocidad final, que es de esta figura:

«Y acercándose á Dafrosa (Fausto) la tomó las manos y las llegó á su frente... No retiró las palmas Dafrosa. Este sencillo contacto no infundía tanto horror á los cristianos de aquellos siglos como á los actuales...»

¿Quién se lo ha dicho á usted, señora? Sería al revés, seguramente; porque aquellos cristianos eran más fervorosos que los de ahora, y huían con más horror de todas las ocasiones de pecado.

Es de advertir que probablemente para poner esto de agarrar las manos y rozarse con ellas la frente es para lo que ha escrito su cuento D.<sup>a</sup> Emilia, que debe de aspirar sin duda á que sea moda corriente esa maniobra.

Lo digo porque hace ya bastantes años escribió una novela que se titulaba *Una cristiana*, cuya protagonista, sin embargo, no era buena cristiana, sino *pecadora*, cuando menos de afición, y allí también un sobrino del marido de la *cristiana*, enamorado de ésta, la coge las manos y roza contra ellas su frente, sin que la *cristiana* las retire...

Y todavía volverá la Sra. Pardo á pintar la misma escena en algún otro libro...

Porque D.<sup>a</sup> Emilia es así.

Tiene poca inventiva; pero mala.